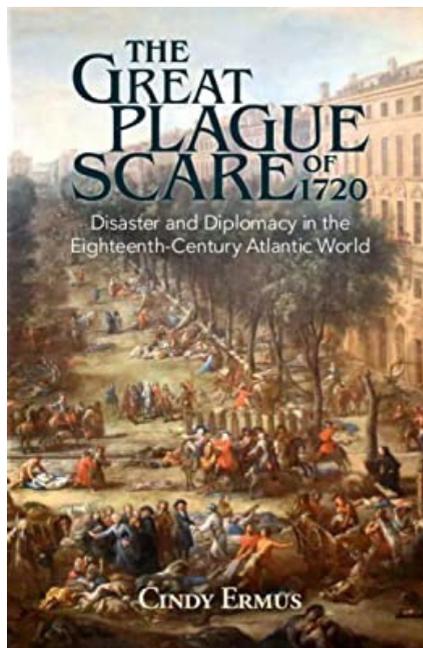


Cindy ERMUS, *The Great Plague Scare of 1720. Disaster and Diplomacy in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, 253 págs.

La historia de la medicina en general y de las epidemias en particular ha conocido en las últimas décadas un auge que viene de antes de la pandemia del COVID-19, pero que sin duda no hará sino intensificarse con motivo de esta en los próximos años. Determinantes contribuciones han visto la luz tanto desde la perspectiva de la historia global, como el caso de *The Yellow Flag*, el estudio de Alex Chase-Levenson sobre el sistema de cuarentenas en el Mediterráneo entre los siglos XVIII y XIX, como desde un ámbito más local, por ejemplo el trabajo de Milagros León Vegas *Dos siglos de calamidades públicas en Antequera: Crisis epidémicas y desastres naturales (1599-1804)*. En este contexto, cabe destacar *The Great Plague Scare of 1720. Disaster and Diplomacy in the Eighteenth-Century Atlantic World*, la reciente aportación de Cindy Ermus sobre la última gran epidemia de peste en Europa, una catástrofe tan devastadora para el sur de Francia de la época como desconocida para el gran público y poco atendida por la historiografía actual.

Cindy Ermus, de la Universidad de Texas en San Antonio (EE. UU.), ha centrado su campo de análisis en la historia de los desastres y las crisis en el mundo atlántico, con un punto de vista transnacional que hace hincapié en áreas como Europa occidental y el Caribe. Sus publicaciones hasta el momento han reflexionado sobre las epidemias y la salud pública, especialmente en torno a la llamada «peste de Provenza» o «de Marsella» de 1720 y sus consecuencias. La novedad del libro de Ermus, producto de su investigación doctoral, estriba en un amplio enfoque que abarca aspectos diplomáticos y económicos, de manera que de su lectura puede extraerse una sintética radiografía de la Europa del momento. La autora se propone como objetivo principal examinar la movilización contra la pandemia más allá de las fronteras francesas, estableciendo una red interna-



cional de comunicaciones que denomina «comunidad invisible» donde oficiales de distintos estados colaboraron en la respuesta a la crisis sanitaria y que refleja las interconexiones de las ciudades portuarias del XVIII. En estas líneas analizaremos si la obra responde a las expectativas que suscita su planteamiento.

El libro de Ermus tiene una estructura muy funcional que facilita su consulta: a una introducción que glosa los datos conocidos hasta ahora de la peste de 1720 le siguen cinco capítulos que detallan la reacción a la misma en diferentes escenarios geográficos, ordenados según su cercanía y el grado de peligro ante el contagio. El primero analiza el origen y extensión de la peste por Marsella y el sur de Francia y cómo la corona francesa hizo frente a la situación; los siguientes atienden sucesivamente a los casos italiano, británico, español y de las colonias americanas, haciendo hincapié en ciudades como Génova, Londres o Cádiz e islas como Martinica, en el Caribe. La gran peste de Marsella o plaga de Provenza, como prefiere llamarla la autora, estuvo provocada por el bacilo *Yersinia pestis* y dejó entre 1720 y 1722 un saldo de en torno a 45 000 fallecidos en Marsella, la mitad de su población, y 126 000 en total en la región de Provenza y sus alrededores.

La cautela y la prudencia son elementos fundamentales de lo que comúnmente entendemos como método histórico de carácter científico, pero en el caso de la aproximación de Ermus al origen de la epidemia se alcanzan extremos exagerados. La autora menciona investigaciones de las últimas décadas que buscan superar la visión tradicional según la cual todas las pandemias procedían del Mediterráneo oriental: en entornos rurales remotos de Europa habrían quedado reservorios de anteriores epidemias de peste que pudieron ser el verdadero causante del brote de Provenza. Sin embargo, al mismo tiempo recoge la bien documentada narración de las numerosas fuentes de la época que reconstruyen el viaje desde la costa libanesa hasta Marsella del Grand Saint-Antoine, el barco francés que tradicionalmente fue identificado como introductor de la epidemia en Francia. Al llegar a Livorno, donde los médicos toscanos diagnosticaron erróneamente la enfermedad como fiebre pestilente en lugar de peste –ambas se consideraban diferentes en el XVIII, especialmente en su forma de manifestarse, siendo la primera menos virulenta–, la tripulación ya había perdido entre siete y ocho de sus miembros. La primera víctima, un pasajero turco que subió a bordo en el puerto libanés de Trípoli el 3 de abril, falleció el 5 de abril, casi dos meses antes de llegar a Marsella. Desde Livorno se permitió al buque francés continuar su singladura con un número creciente de enfermos y no fue hasta el desembarco que el mal comenzó a extenderse por el puerto provenzal y sus alrededores. Por todo ello, aunque no tengamos evidencias que garanticen absolutamente que el origen pandémico estuviera en las costas levantinas del Imperio otomano, el

peso de los indicios es tan grande que permite aceptar que la vía de contagio fue la mencionada embarcación. La propia Ermus reconoce que los estudios genéticos no han podido todavía refutar la narrativa histórica del Grand Saint-Antoine como vehículo de contagio. De lo que sí parece haber sólidas sospechas es de que hubiera otros barcos procedentes de Siria o Líbano que durante el mismo período introdujeran la enfermedad en Francia. Pese a todo, la historiadora insiste en hablar de la «aparición» de la plaga, evitando el término «llegada» para no caer en un «orientalismo epidemiológico».

Tras cobrarse las primeras víctimas en mayo de 1720 y comenzar a extenderse más allá de las calles adyacentes al puerto, la plaga estalló en el mes de julio en toda la ciudad de Marsella, una circunstancia estimulada por la postura inicial de negación del *Bureau de la santé*, formado no por médicos sino por comerciantes con intereses económicos que temían que no pudiera celebrarse la importante feria de Beaucaire a finales de mes. El éxodo masivo de marseleses hacia el interior del país hizo posible que buena parte de la población de la ciudad se salvara, pero también que la epidemia se extendiera a toda la Provenza. Parece que el bacilo empezó a contagiarse no solo en su forma bubónica, sino también pneumónica, que no mostraba signos tan evidentes. La propagación estimuló un renovado culto a advocaciones como San Roque y el Sagrado Corazón de Jesús.

El establecimiento de cuarentenas, lazaretos y restricciones de movimientos había sido la práctica habitual en situaciones similares anteriores: la novedad de la peste de 1720 fue el estricto control desde París, que implementó una administración militar paralela con miles de soldados regulares y milicianos custodiando los pasos y cordones sanitarios. El *Conseil de la santé* de París empezó a supervisar cuestiones sanitarias que habían sido competencia local. Ermus señala que hasta ahora se había considerado a la peste de Provenza como el epílogo de un fenómeno medieval, mientras que el gran terremoto de Lisboa de 1755 habría sido el primer desastre moderno, cuando en realidad la crisis francesa fue pionera en una aproximación más empírica por parte de los contemporáneos que la gestionaron y en la introducción de un «centralismo de desastres» que superaba la tradicional respuesta local o municipal. No en vano, en este momento fue creada en Madrid la Junta Suprema de Sanidad, germen del actual ministerio, con objeto de coordinar soluciones para evitar la llegada a España de la epidemia que causaba estragos en Marsella.

El apartado sobre Italia muestra cómo el resto de Europa se fijó en el modelo de las ciudades portuarias italianas a la hora de adoptar medidas sanitarias, lo que no es de extrañar siendo el país que introdujo las cuarentenas, los lazaretos permanentes y las patentes o *bollette personali della sanità*. El libro de Ermus evidencia

cómo a la altura de 1720 todas las instancias, desde los gobiernos al pueblo llano, daban una enorme importancia al comercio internacional y lo consideraban vital para las economías locales. Los estados del norte de Italia, a diferencia de otras regiones, contaban en 1720 con un bagaje de décadas de colaboración y coordinación contra plagas que los ponía en una situación ventajosa para amortiguar el golpe. A la etapa de colaboración siguió otra de competencia económica en la que destacó la rivalidad entre la República de Génova y el Gran Ducado de Toscana. Las autoridades genovesas hicieron uso de cualquier oportunidad para hacer gala de su eficiencia en materia sanitaria ante los oficiales de los estados vecinos.

Los monarcas europeos, por su parte, aprovecharon la ocasión para justificar medidas políticas y comerciales centralizadoras que contribuyeron a consolidar su poder. La corona británica utilizó la pandemia para poner coto al contrabando y al comercio ilegal. En 1721 era ya evidente para muchos franceses de ciudades portuarias no afectadas por la plaga que otros estados la usaban como excusa para dañar al comercio francés. La obra es clarificadora a la hora de abordar el clima de protestas ante las medidas introducidas por los gobiernos, a veces consideradas excesivas o arbitrarias. En Gran Bretaña, a raíz de la *Quarantine Act* de 1721, se acusó al gobierno de inspirarse en el despotismo francés. Ermus plantea que medidas menos estrictas provocaron más oposición en Gran Bretaña que en España por diversos factores culturales y políticos. Las restricciones comerciales españolas, asimismo, hicieron temer en Gran Bretaña que el provechoso comercio con Indias iniciado tras el tratado de Utrecht con el navío de permiso se viera dañado irreparablemente.

Las autoridades españolas afirmaron estar haciendo lo mismo que los estados italianos, si bien parece evidente que se aprovechó la coyuntura para represaliar a británicos, franceses y austríacos para equilibrar la situación tras las concesiones de Felipe V en los tratados de Utrecht y La Haya. Los fondeos o registros de embarcaciones extranjeras provocaron numerosas quejas, ya que retrasaban durante días e incluso semanas las operaciones comerciales.

En el Caribe, los oficiales franceses usaron las restricciones provocadas por la peste para atacar el comercio ilegal con los extranjeros y con la España peninsular, al tiempo que continuaban alentando los intercambios con los españoles de América para obtener metales preciosos. Las prácticas para contener la pandemia, aplicadas a los vastos imperios coloniales, tomaron un cariz netamente hostil contra los extranjeros. No obstante, en casos de extrema necesidad de abastecimiento, las autoridades francesas y españolas miraron para otro lado ante el contrabando.

La gran calidad del estudio de Ermus queda empañada por pasajes repetitivos y por la caída en lugares comunes superados por la historiografía reciente. La

autora sitúa una «humillante» derrota de Felipe V en la Guerra de la Cuádruple Alianza en febrero de 1720, con la paz de La Haya, cuando en realidad el ejército español continuó luchando en Sicilia hasta junio de 1720. Habría sido interesante abordar en el libro el contexto de la evacuación de las fuerzas españolas en Cerdeña y Sicilia, la cual se demoró hasta el verano de ese año, meses después de que se hubiera iniciado el brote epidémico. No haber puesto en relación el contexto militar y diplomático de esos meses con las fases del contagio deja una sensación de oportunidad perdida, pues la propagación entre los ejércitos en liza podría haber extendido la pandemia por buena parte de Europa.

En cualquier caso, *The Great Plague Scare of 1720* es una lectura enormemente interesante, con un hábil y extensivo uso de fuentes primarias, que evoca un sinnúmero de comparaciones con la reciente experiencia global de la pandemia del COVID-19. El centralismo estimulado a partir de 1720 ha tenido su eco en 2020 con la reivindicación en favor de gobiernos fuertes con instituciones sanitarias públicas. Como analiza Ermus en su epílogo, ambas plagas han vivido unas fases similares de descontrol, negación del peligro, reacción rigurosa de las autoridades estatales y competencia estratégica entre los poderes mundiales. El protagonismo del caso español en el análisis de Ermus, además, hace especialmente pertinente la traducción de la obra al castellano tan pronto como sea posible.

VÍCTOR GARCÍA GONZÁLEZ